

D. Antonio Barjau, natural de Manresa, fué otro de los operarios más constantes de nuestro santo Misionero. En Cuba comenzó sus trabajos dando Misiones con el P. Lorenzo Senmartí, de las cuales sacaron copiosísimo fruto. Mas habiéndole el Señor dotado de una gracia especial para instruir y educar á la niñez y juventud, le destinó el Siervo de Dios al Seminario con el cargo de Rector, el cual cumplió con aplauso del mismo Prelado. Cuando éste fué, según veremos, Presidente de El Escorial, de Madrid, le dió el mismo empleo en el colegio de aquel Real Monasterio. Por consejo del mismo P. Claret volvió á Santiago de Cuba, en donde estuvo muchos años de Canónigo con el laudable fin de conservar, á lo menos en parte, la grandiosa obra de reformación que, como veremos, llevó el Siervo de Dios á cabo, ayudado de sus compañeros. Fué siempre laborioso y desprendido, celoso de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, y no ha mucho tiempo que el Señor le llamó á sí para premiar sus muchos méritos.

D. Paladio Currius fué uno de los virtuosos sacerdotes que más tiempo tuvo el Sr. Claret á su disposición. Era natural de Riudaura, provincia y obispado de Gerona; al principio de su permanencia en Cuba salió á dos Misiones con el P. Esteban, religioso capuchino, de quien después hablaremos; pero habiendo enfermado gravemente, le volvieron á Santiago. Restablecido de su enfermedad, le puso el Sr. Arzobispo en el Seminario de catedrático de Teología Moral, en sustitución de otro que murió, llamado Juan Pladevella, y además le confió el cargo de Mayordomo, que el Sr. Currius desempeñó siempre con inquebrantable fidelidad. La voluminosa correspondencia que de él poseemos, gracias á su noble generosidad y desprendimiento, nos servirá muchas veces de guía en esta segunda parte de la Vida de nuestro P. Fundador, como también las importantes declaraciones que hizo como testigo en la Causa preparatoria para su Beatificación.

D. Lorenzo Senmartí, sacerdote joven y amable, natural de un pueblo de la diócesis de Solsona, se ofreció al P. Claret por compañero de sus tareas apostólicas. En Cuba comenzó á dar Misiones con el presbítero Antonio Barjau; continuó después de compañero con el P. Esteban Aduain, y, por último, el Sr. Arzobispo le colocó de Vicario foráneo en Puerto Prínci-

pe. Como era muy fervoroso y desprendido, el Siervo de Dios le apreciaba en gran manera; pero llamado por el Señor á un estado más perfecto, hizo renuncia de su cargo y entró en la Compañía de Jesús.

D. Manuel Subirana siguió al P. Claret con tanto más gusto cuanto que había sido condiscípulo suyo en el Seminario y había trabado con él, de mucho antes, sólida amistad. Ya en Cataluña había trabajado no poco bajo la dirección de nuestro Padre, y en Cuba desplegó su virtud, celo y sabiduría en beneficio de aquellos pobres habitantes. No satisfecho con esto, pasó después á Guatemala y Honduras, en donde iba de pueblo en pueblo haciendo verdaderos prodigios por convertir las almas. Finalmente, se estableció en tierra de salvajes, y con su abnegación y laboriosidad siempre constantes les enseñó, juntamente con las verdades de la fe, el cultivo de las tierras y los bienes de la vida social, de manera que logró formar varios pueblos civilizados, en los que aquellos fervorosos neófitos llevaban una vida muy pura y en donde él era mirado como el Padre de todos. Consumido de trabajos murió el P. Subirana á los doce años de haberse establecido en aquella Misión, en la que dejó de sí memoria imperecedera, pues cuando dos años después de su muerte visitó el Obispo de la diócesis aquellos pueblos, quedó admirado de la conducta intachable de sus habitantes, y para perpetuar la memoria de los beneficios del insigne Misionero les propuso que el pueblo principal de la comarca se llamase Subirana, idea que acogieron con grandes demostraciones de contento y entusiasmo (1).

Compañero del anterior en sus Misiones de Cuba fué el presbítero D. Francisco Coca, natural de Capellades, que pertenece á la diócesis de Barcelona. Conoció el P. Claret á este virtuoso sacerdote cuando predicaba el Mes de María en Villafranca del Panadés, en donde á la sazón se hallaba aquél de teniente cura. Prendado el Sr. Coca de nuestro Padre, cuando supo su nombramiento se le ofreció al instante por colaborador; y como el Siervo de Dios había descubierto en él un carácter sencillo, humilde y fervoroso, aceptó desde luego la oferta. En Cuba, como antes he apuntado, tuvo por compañero de Misión al Pa-

(1) Véase *El Domingo*, revista semanal publicada en Vich, 13 de Marzo de 1870.



dre Subirana, y animados de un mismo espíritu iban de una á otra aldea predicando sin descanso. Á entrambos había dotado el Señor con voces muy dulces y agradables, las cuales ellos empleaban en alabar al Señor con armoniosos cánticos que atraían á las sencillas gentes, y como tras ellos venía el sermón, fué inexplicable el fruto que por este medio alcanzaron. El P. Coca, al par de su amable compañero, pasó después á Guatemala, pero en ella siguió distinto rumbo, porque entró en la Compañía, en donde acabó sus días santamente. De la diócesis de Gerona escogió el Siervo de Dios al insigne moralista D. Juan Pladevella, para confiarle, como lo hizo, en el Seminario de Santiago la cátedra de Teología Moral; pero al cabo de algún tiempo, en que tan á gusto de todos desempeñaba tan difícil cargo, le acometió la terrible enfermedad del vómito, que en pocos días le llevó al sepulcro. Los médicos no entendieron su enfermedad hasta después de su muerte, cuando se pintó en la espantable amarillez del rostro.

A más de los sacerdotes que procuró reunir el nuevo Arzobispo con intento de que cooperaran al bien de su diócesis en la parte moral y científica, buscó también entre los legos algunos familiares fieles y virtuosos que se encargaran de lo concerniente á la parte material y administrativa, para que los demás estuvieran más desembarazados en sus ministerios apostólicos. Para cocinero eligió á Gregorio Bonet, mozo robusto, pero que, á pesar de sus fuerzas, al poco tiempo de estar en Cuba hubo de regresar á Mallorca, de donde era natural, por habérsele abierto unas heridas que recibió siendo soldado. También se llevó como doméstico á un joven amable y simpático de la ciudad de Vich, llamado Felipe Vila. Tenía á su cargo el cuidar de los enfermos y de los pobres, lo que hacía á maravilla. A estos últimos, mientras les distribuía las limosnas, les enseñaba la Doctrina cristiana y los exhortaba á la virtud; hacíales unas reflexiones tan oportunas y enérgicas, que oyéndole algunas veces los curas del país, quedaron admirados. Valióse el demonio de esta ocasión para tentarle, porque, habiéndole dicho algunos sacerdotes que sería mejor estudiase para cura que no que sirviera de criado, dió oídos á la tentación y pretendió estudiar. El Sr. Arzobispo, que comprendía que el Señor no le llamaba al sacerdocio, pues, aunque era de muy buenas costumbres, su delicada

complexión no le permitía ocuparse mucho en trabajos mentales, le dijo una y otra vez que dejase los estudios; mas el joven, á pesar de tan caritativos consejos, siguió estudiando, de lo cual resultó lo que el Siervo de Dios había ya previsto, pues enfermó del pecho, y, vuelto á España, se le agravó la enfermedad que luego le llevó al sepulcro. Antes de morir conoció su yerro y arrepintióse de él, y el Señor le concedió en su misericordia una muerte muy santa y consoladora. El familiar que más tiempo perseveró al lado del Siervo de Dios, y el que le acompañó á todas partes adonde iba, fué D. Ignacio Betriu, natural de Hereu, pueblo del obispado de La Seo de Urgel.

Era un joven piadoso, constante en sus empresas, de irreprehensibles costumbres, celoso de la gloria de Dios y muy amigo de los pobres, á los cuales instruía en la Doctrina cristiana al mismo tiempo que los socorría con limosnas. Con sus conversaciones familiares ganó en las Misiones en que acompañó al P. Claret muchas almas para Dios, é hizo mucho bien con los libros, estampas, medallas y rosarios que repartía por encargo del Sr. Arzobispo. Después de haber estado muchos años con el Siervo de Dios en América y en Madrid, entró de hermano Coadjutor en la Compañía, en donde llevó hasta su muerte una vida edificante.

Al P. Lobo acompañó otro joven secular llamado Telesforo Hernández, al que el Sr. Arzobispo puso de escribiente en la secretaría, y que no mucho después murió del vómito.

Hablando nuestro Padre de sus familiares y de cuantos le ayudaron á trabajar siendo Arzobispo, estaba muy agradecido al Señor por haberle concedido tan buenos operarios, y decía de ellos que no le habían dado el menor disgusto; que su conducta era intachable; que vivían desprendidos de todo lo terreno y sólo buscaban la gloria de Dios y la conversión de los pobres pecadores. No faltarán ocasiones en el decurso de esta historia de volver á tratar de estos dignos colaboradores de nuestro apostólico Varón.

5. Después que el Siervo de Dios tan felizmente hubo allegado estos laboriosos compañeros que tanto le habían de valer en Cuba, partió para Barcelona á esperar el embarque. Mientras éste llegaba, se ocupó, según costumbre, en el ejercicio del ministerio apostólico, predicando con su celo prover-



bial en varias iglesias y conventos de la capital del Principado.

En uno de estos conventos había una novicia que estaba practicando ejercicios para la profesión, la cual se confesó con el Siervo de Dios. Como la Comunidad se inclinaba á negar la profesión á la postulante, el P. Claret la reunió y le dijo: "La Comunidad es libre de admitir ó no á esa novicia; pero tenga entendido que si vuelve al siglo se condenará, al paso que si se queda en el convento se salvará." Ante una disyuntiva tan terrible del Prelado, pronunciada con un aire de seguridad que sólo Dios podía haberle comunicado, la postulante fué admitida sin vacilación, y aun cuando, como ya se temía, durante su vida dió mucho que hacer á la Comunidad, ocasionándole sinsabores y hasta llegó á estar privada del uso de la razón, no obstante, á la hora de la muerte púsose muy sobre sí, llamó á la Superiora del Monasterio, pidióle perdón, y tuvo una muerte muy edificante (1).

En esta ocasión, y antes del embarque, se completó otro hecho extraordinario, que refiere D. Mariano Saniás, como oído de los labios del mismo Siervo de Dios, y que yo me había resistido á creer hasta que hallé un papel autógrafo del mismo P. Claret en que se contenía la substancia del hecho. Por tratarse de un caso de obsesión, en que tantos engaños suele haber, no me atrevía á darle crédito, por más que de suyo sea cosa muy frecuente en las vidas de los santos y en nada se oponga á los principios de la sana Teología. El caso pasó, pues, de esta manera: Mientras daba el Siervo de Dios Misión en Barcelona, se le presentó un confesor de monjas que le dijo: "En el convento de mi cargo hay, señor, una religiosa á quien la Comunidad mira como inútil; nunca ha recibido la sagrada Comunión y falta con frecuencia á los actos de Comunidad; yo, como confesor, nunca he entendido su espíritu y nada he sacado en tantos años de confesor. Quisiera merecer de Ud. que tuviese á bien venir al convento para confesarla y ver si Ud. conoce lo que yo no he podido conocer." Fué allí, efectivamente, el P. Claret, y la confesó. Luego, al despedirse del confesor de las monjas, le dijo cómo había ordenado á la religiosa que al día siguiente, con las demás de la

(1) Declaración de D. Mariano Saniás, presbítero. Ad art. 125.

Comunidad, se presentase á recibir la sagrada Eucaristía.

Aquel mismo día partió el santo Misionero para un pueblo, en donde predicó un novenario, terminado el cual tornó á Barcelona, y sin hablar con nadie se fué derecho al convento en donde estaba la mencionada religiosa. Mandóla llamar y le preguntó si había comulgado, á lo cual respondió aquella que no, porque si bien lo intentó, cuando iba á bajar la escalera detrás de la Comunidad en dirección al comulgatorio, los demonios la cogieron por medio del cuerpo, y como á un bulto la tiraron por encima de las cabezas de las demás religiosas, varias de las cuales cayeron por el suelo, yendo ella á dar en el plano del comulgatorio. Quedó del golpe tan molida que no se pudo mover, por lo que fué necesario que la llevaran á la cama, de la que no pudo levantarse en ocho días. Vista la tenacidad de los espíritus malignos, el Siervo de Dios quiso dar por sí mismo al día siguiente la sagrada Comunión á todas las Hermanas, y mandó que con ellas se acercara á recibirla la obsesa. Cuando llegó á ésta el turno de aproximarse á la ventanilla en donde se daba la Comunión, la acometieron extraños vómitos con grandes arcadas; pero el santo Misionero, sin hacer caso de ello, llamó en voz alta á la religiosa para que se acercase, la que siguió vomitando hasta el instante mismo en que puso sobre su lengua la sagrada Hostia, y, ¡cosa admirable!, con el tacto del Cuerpo Sacramentado de nuestro Señor Jesucristo quedó al instante tan tranquila como las demás religiosas, y de ahí adelante pudo llegarse sin impedimento alguno á la sagrada Comunión.

Siguieron, no obstante, los demonios atormentando á la infeliz de muchas maneras, porque de noche la sacaban de la cama con violencia, la amarraban á una columna del claustro y allí la azotaban con rigor y le rasgaban el hábito. Como efecto de estos maltratamientos no podía asistir á los actos de Comunidad, las Hermanas la tenían por inútil; pero el Siervo de Dios descubrió en ella un alma muy pura y humilde, á quien el Señor favorecía en lo secreto con muchos y riquísimos dones de gracia. Poco antes de que el P. Claret fuera sorprendido con el nombramiento de Arzobispo de Cuba, supo por medio de aquella religiosa cómo los demonios, al aparecerse por la noche para espantarla, paseándose decían: "Ahora le quieren hacer Arzobispo de Cuba." El humilde Mi-



sionero no les dió crédito, pues sabía muy bien que el demonio es padre de la mentira; pero ello fué así, como hemos visto. Ahora, cuando antes de embarcarse se despidió de aquella Comunidad, la referida religiosa le contó que la noche antes los malignos espíritus la habían llevado al barco y la habían dicho: "Este camarote es para aquel *ladrón* que va á Cuba; no lo hemos podido impedir, pero sepa que le haremos tanta guerra que no le dejaremos hacer nada." Y por cierto que, cuanto estuvo de parte de ellos, lo cumplieron á maravilla, según después se dirá.

6. Amaneció, entretanto, el día venturoso de 28 de Diciembre de 1850, que con ansia esperaban, no sólo el Sr. Arzobispo, mas aun sus fervorosos Misioneros. Reunidos todos en casa del señor Capellán de las Madres Magdalenas, en la que estaba hospedado Su Excelencia, comenzaron el viaje de este modo: bajaron primero á la iglesia del convento, en donde rezaron el itinerario de los clérigos, alternando los sacerdotes con el Siervo de Dios, que lo dirigía. De allí, alineados en procesión todos los Misioneros y cerrando la marcha el Sr. Arzobispo con su Provisor el P. Lobo y el Sr. Rector del Pino, con algunas otras personas, partieron en dirección á la Santa Iglesia Catedral. Una inmensa muchedumbre, que habia tenido ya noticia del próximo embarque, se agolpó alrededor del Siervo de Dios apenas puso los pies en la calle. La efusión con que le besaban el anillo, las lágrimas que de sus ojos caían, los cariñosos apretones que le daban, eran el más sublime y sincero testimonio del amor que un numeroso pueblo agradecido profesa á un Santo. Trabajo le costó, rodeado como se hallaba de tanta gente, el llegar á la Santa Iglesia Catedral. En ella visitaron al Santísimo, hicieron devota oración en casi todas las capillas, pero mayormente delante del sepulcro donde se conserva el cuerpo de San Olegario, cuyo sepulcro abrieron para satisfacer la devoción del Siervo de Dios y la piadosa curiosidad de sus compañeros. Desde la Catedral entraron en el palacio del Sr. Obispo para despedirse de él. Éralo entonces de Barcelona el Excmo. D. José Costa y Borrás, quien dió al P. Claret un tierno abrazo de despedida, y manifestó bien en el semblante la pena que sentía en su alma por tenerse que privar, acaso para siempre, de la consoladora presencia de su amigo.

Desde el palacio se encaminaron al puerto, formados también en procesión y guardando los Misioneros un silencio sepulcral, que no interrumpieron hasta llegar al muelle. A medida que adelantaban, el gentío iba engrosando, y al salir á las afueras, en el paseo que llaman *La Riba*, hallaron una muchedumbre que estaba aguardando desde las primeras horas de la mañana para manifestar por última vez al Siervo de Dios la veneración y el cariño que le profesaban. Rarísimas veces el muelle de Barcelona ha presentado animación tan alegre y pacífica como la de aquel solemne día. La mar estaba cubierta de lanchas, llenísimas de gente de todas las jerarquías sociales, las cuales se dirigían á la fragata mercante llamada *Teresa Cubana*, que era la destinada á transportar al otro lado de los mares al antiguo Apóstol de Cataluña. Barcelona entera parece que se hallaba allí reunida; los saludos del pueblo se confundían con los de la nobleza y los de los ministros del Señor; ante la presencia del santo Misionero no habia distinción de jerarquías; cuando pasaba tranquilo por entre la apiñada muchedumbre, todos por igual pugnaban por acercarse á él, besarle el anillo y recibir de sus amorosos labios una amable sonrisa que les robaba el corazón, una palabra dulce que llevaba el consuelo á sus almas, una expresión cariñosa que los enternecía y embelesaba. No veían en él un grande de la tierra, ni siquiera se acordaban de su elevada dignidad por lo que tenía de humano resplandor; únicamente miraban al Santo, al Apóstol, al que iba á trabajar y sufrir de nuevo por la gloria de Jesucristo y por la salvación de las almas.

El Siervo de Dios, por su parte, estaba tan tranquilo, sereno y afable en medio de las extraordinarias demostraciones de la muchedumbre, como si tan sólo fuera á dar Misión á alguno de los pueblos vecinos; en su semblante no se reflejaba ni el orgullo de los grandes, ni el temor de los pusilánimes, ni el abatimiento de los que suelen abandonar la cara patria para ir á padecer en aquella insana Isla. A todos bendecía con paternal afecto; á todos sonreía con inefable gracia; para muchos conocidos tenía una palabra de edificación, y al gentío que á su paso se postraba, y á los que reverentes tocaban y besaban sus vestiduras, decía: "¡Adiós, adiós! Encomendáme á Dios. Nos veremos en el cielo." Entre la numerosa con-



currencia no había una sola voz discordante; las exclamaciones que con más frecuencia se oían entre ellos, eran éstas: "¡Qué cariñoso! ¡Qué humilde! ¡Qué santo! ¡Es el mismo de siempre! ¡Cuánto bien hará en Cuba! Dios le dé fuerzas."

Desprendido como pudo de la muchedumbre que por todos lados le apretaba, saltó por fin al bote que debía conducirle á la *Nueva Teresa Cubana*, y tras él saltaron los demás. Ya en él le aguardaban de antemano el P. Subirana con Telesforo y Gregorio Bonet, familiares del Siervo de Dios, y otros muchos amigos que iban á despedirle. Lo primero que hizo el P. Claret al saltar al bote fué bendecirlo, y luego que todos entraron en él se dirigieron á la corbeta que debía llevarlos y se embarcaron en ella. Eran como las diez de la mañana cuando el buque, levantadas las anclas é izadas las velas, salió de Barcelona remolcado por un vapor mercante, que sirve para entrar en el puerto y sacar de él los buques veleros cuando el viento es desfavorable. La muchedumbre que estaba en la orilla dió un caluroso y tierno adiós al santo Misionero, que de ellos se alejaba, y extendiendo los brazos y agitando los pañuelos prolongaron su despedida cuando las voces no podían llegar hasta él. Las numerosas lanchas que cubrían el puerto salieron con grave riesgo acompañando á la *Teresa Cubana* hasta media milla dentro del mar, en donde el vapor dejó al buque para tornar al puerto. El santo Prelado, puesto en pie, desde el puente de la fragata y frente del castillo de Montjuich, dió por despedida la bendición á la ciudad y al inmenso gentío que iba en las lanchas, la que todos recibieron dulcemente emocionados. Luego, poco á poco se fueron alejando unos de otros hasta perderse de vista.

Iban en el buque Su Excelencia y los nueve sacerdotes y cuatro legos, que en calidad de familiares le acompañaban; 18 Hermanas de la Caridad con un Padre Paúl que las dirigía, las cuales se encaminaban á la Habana, y ocho pasajeros más, que, unidos á los que componían la tripulación, incluso el capitán, sumaban unas sesenta y ocho personas. Aquel mismo día comenzaron ya á marearse algunos de los pasajeros; pero gracias al buen humor y á los solícitos cuidados del P. Claret, que era la alegría y esperanza de todos ellos, semejante accidente, indispensable á casi todos los que por vez primera surcan la mar, no alteró en nada la regularidad y la paz de los que iban



J. Echevarría y C. — Barcelona

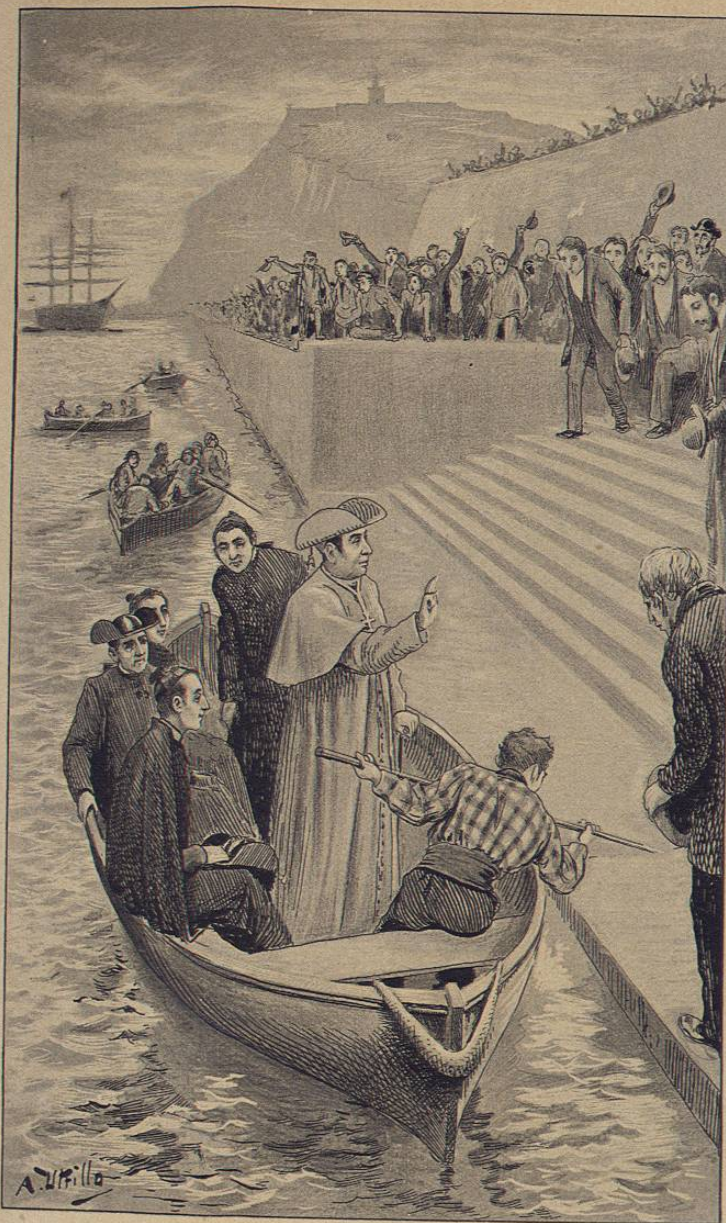
Se embarca el Siervo de Dios en Barcelona para Cuba y bendice á la muchedumbre que le despide con entusiasmo.



currencia no había una sola voz discordante; las exclamaciones que con más frecuencia se oían entre ellos, eran éstas: « ¡Qué cariñoso! ¡Qué humilde! ¡Qué santo! ¡Es el mismo de siempre! ¡Cuánto bien hará en Cuba! Dios le dé fuerzas. »

Desprendido como pudo de la muchedumbre que por todos lados le apretaba, saltó por fin al bote que debía conducirle á la *Nueva Teresa Cubana*, y tras él saltaron los demás. Ya en él le aguardaban de antemano el P. Subirana con Telesforo y Gregorio Bonet, familiares del Siervo de Dios, y otros muchos amigos que iban á despedirle. Lo primero que hizo el P. Claret al saltar al bote fué bendecirlo, y luego que todos entraron en él se dirigieron á la corbeta que debía llevarlos y se embarcaron en ella. Eran como las diez de la mañana cuando el buque, levantadas las velas, salió de Barcelona resolviéndose por el canal de mercaderes, que sirve para entrar en el puerto y escapar de él los buques veleros cuando el viento es desfavorable. La muchedumbre que estaba en la orilla dió un caluroso y tierno adiós al santo Misionero, que de ellos se alejaba, y extendiendo los brazos y agitando los pañuelos prolongaron su despedida cuando las voces no podían llegar hasta él. Las numerosas lanchas que cubrían el puerto salieron con grave riesgo acompañando á la *Teresa Cubana* hasta media milla dentro del mar, en donde el vapor dejó al buque para tornar al puerto. El santo Prelado, puesto en pie desde el puente de la fragata y frente del castillo de Montjuich, dió por despedida la bendición á la ciudad y al inmenso gentío que iba en las lanchas, la que todos recibieron dulcemente exclamando: « ¡Adiós! ». Luego, poco á poco se fueron alejando hasta que otros iban partiendo de vista.

Íban en el bote la Escalona y los nueve sacerdotes y cuatro legos, que en calidad de familiares le acompañaban; las Hermanas de la Caridad con un Padre Paul que las dirigía, las cuales se embarcaban en la lancha, y ocho pasajeros más, los médicos á los que componían la tripulación, incluso el capitán, hacían un total de treinta y ocho personas. Aquel mismo día comenzaron ya á marearse algunos de los pasajeros; pero gracias al buen humor y á los serenos consejos del P. Claret, que en la angustia y esperanza de ir á la tierra semejante accidente, indispensable á casi todos los que por vez primera surcan la mar, se olvidó de toda la regularidad y la paz de los que iban



J. Thomas y C. — Barcelona

Se embarca el Siervo de Dios en Barcelona para Cuba y bendice á la muchedumbre que le despede con entusiasmo.



en el buque. Al día siguiente, que era el 29 de Diciembre, se levantaron todos á las cinco y media; á las seis hicieron el ejercicio del cristiano y la meditación en común, luego celebró la Misa su Excelencia, y tras él el P. Planas, que era el Paúl que acompañaba á las religiosas. A las seis y media de la tarde rezaron sobre cubierta el santo Rosario, que dirigió el Siervo de Dios, y al final de él cantaron el *Santo Dios*, á pesar de hallarse casi todos mareados. La habilidad con que el P. Claret sabía levantar los ánimos decaídos y hastiados con el mareo se trasluce claramente en estas líneas, que el mismo día escribió en sus notas de viaje uno de los pasajeros, el alegre P. Currius, quien, no obstante hallarse muy postrado, tuvo valor para escribir esta página hermosísima, inspirada por las circunstancias: "He aquí, — dice, — el estado en que nos hallamos: el cielo, luciendo sus lumbreras; el mar, en reposo ó calma; el buque, sin movimiento. Parece que el Señor ha paralizado los elementos para escuchar mejor las plegarias que le dirige la tripulación caritativa. Confundidos los sacerdotes con los seglares, las cándidas vírgenes con los hombres pecadores y el culto habitante de la ciudad con el rústico marinero, formamos todos un pequeño pueblo en una aldea flotante sobre las olas del mar: unas mismas súplicas, unas mismas palabras, unas mismas modulaciones nos hacen iguales en este momento á los ojos del Hacedor. Sin otra bóveda que la inmensidad de los cielos, sin otro suelo que la inmensidad de las aguas, y rodeados por todos lados de estas dos inmensidades, orábamos al Dios inmenso llamándole *Fuerte é Inmortal*, é implorando de su clemencia nos librara de todo mal."

Repuestos algún tanto del mareo, fijó el Sr. Arzobispo un Reglamento para todos los familiares, que comenzaron á observar fielmente desde el 31 de Diciembre, tres días después de su embarco. Él, con sus Misioneros, ocupaba en la cámara la parte que va desde la popa al palo mayor, y desde el palo mayor hasta la proa estaban las Hermanas, sin comunicación alguna con ellos, pues había de por medio unas puertas-persianas. Por la mañana levantábanse á una hora fija, que al principio era á las seis, pero luego fué á las cinco, y tenían en seguida una hora de meditación en común; las Hermanas hacían otro tanto en su departamento. Concluída á las seis y media la oración mental, celebraba el Siervo de Dios la santa